

Comentario al Mensaje de Paz de Juan Pablo II (IV) ¿Globalización en la solidaridad?

Pongo con interrogante el título del acápite tercero del mensaje papal porque Juan Pablo II se pregunta si todos se podrán beneficiar de la globalización, si las relaciones mundiales y nacionales serán más equitativas. En la entrega anterior decía que el tono de las mismas preguntas presagian resultados negativos, confirmados por las cinco deficiencias del capitalismo global, que señala el filántropo y financiero internacional George Soros. Merece la pena escuchar otros autorizados testimonios procedentes de ambos lados del Atlántico.

A. Schlesinger, quien fuera asesor del presidente John Kennedy, revela dos serios problemas mundiales de la presente revolución informática. "El paso de una economía basada en la industria a otra basada en el ordenador (redes de computadoras) es más traumática que el paso de nuestros bisabuelos desde una economía basada en la agricultura a otra basada en la industria. La revolución industrial se extendió sobre generaciones y dio tiempo a reajustes humanos e institucionales. La revolución informática es mucho más rápida, más

concentrada y más drástica en su impacto. Mientras la revolución industrial creó más puestos de trabajo de los que destruyó, la revolución informática amenaza con destruir más puestos de los que crea". Se indica el problema mundial de crecimiento con desempleo.

A este primer efecto se agrega el crecimiento con desigualdad, que aparece claramente en los países industrializados. "Amenaza también con levantar nuevas y rígidas barreras de clase. La desigualdad económica ha aumentado ya en Estados Unidos hasta el punto de que son mayores las disparidades en el igualitario Estados Unidos que en las sociedades clasistas de Europa, con tremendas transferencias de riqueza desde los trabajadores de baja capacitación y clase media a los propietarios de bienes de capital y a la nueva aristocracia tecnológica" (*Política Exterior*, diciembre 1997).

Desde Europa, A. Tourraine, director del Instituto de Estudios Superiores de París, se expresa en forma similar. "El descontento, la inquietud y la protesta se hacen oír de nuevo. ¿Cómo podía ser de otro modo cuando la parte

del producto nacional que va a los asalariados ha disminuido masivamente —alrededor de un 10%— tanto en Alemania como en Francia, y cuando el salario real de los trabajadores menos cualificados ha disminuido en Estados Unidos aunque esté experimentando éxitos económicos sin precedentes? (*El País*, 27 de noviembre, 1997).

Estos testimonios son contemporáneos del mensaje papal, redactado en diciembre de 1997. Se entiende por qué Juan Pablo II concluye el acápite tercero con esta exhortación: "En definitiva, el desafío consiste en asegurar una globalización en la solidaridad, una globalización sin dejar a nadie al margen". "Una



solución duradera", agrega el Papa, "exige el esfuerzo concertado de todos, incluido el de los mismos Estados interesados".

Esta exortación del Papa tiene una resonancia especial porque la globalización pone en peligro la misma identidad de los Estados. Así lo expresa A. Schlesinger: "Un candidato —no previsto— para la destrucción capitalista es el Estado nacional, tradicional asiento de la democracia. El ordenador convierte el mercado sin trabas en un monstruo global irresistible, que atraviesa las fronteras, debilita los poderes nacionales de implementación de impuestos y regulaciones, impide la gestión nacional de las tasas de interés e intercambio, amplía las disparidades de riqueza lo mismo dentro de las naciones que entre ellas, derrumba las normas laborales, degrada el medio ambiente, niega a las naciones el poder de dar forma a su propio destino económico, sin dar cuenta a nadie y crea una economía mundial sin una política mundial. No existen autoridades que proporcionen control internacional. ¿Dónde está ahora la democracia?".

Desde el otro lado del Atlántico A. Torraine hace la misma pregunta, adelantando sus respuestas. "Pero, ¿quién puede ejercer este control cuando se nos repite constantemente que los Estados nacionales han perdido su poder y se han vuelto impotentes frente a la mundialización de los mercados? Esta afirmación exige dos respuestas. La primera es que esto es falso en gran medida. Cuanto más compleja y cambiante es una economía, más difícil es lograr un crecimiento duradero, y la importancia de esta idea proviene de que muestra hasta qué punto los equilibrios internos de una sociedad se han convertido en condiciones necesarias para el crecimiento de una economía. Estos equilibrios sociales no se mantienen espontáneamente: al contrario, la economía de mercado crea desequilibrios y fuerzas de acumulación y exclusión que amenazan a los equilibrios básicos de la sociedad. Estos, para ser restablecidos, requieren la intervención del Estado y de otros agentes propiamente políticos y sociales.

La segunda respuesta es que los centros políticos de decisión sólo pueden luchar contra ciertas consecuencias de la economía de mercado si son forzados a intervenir por demandas sociales organizadas, que se expresan por la vía electoral, a través de los medios de comunicación y, más directamente aún, bajo la forma de movimientos sociales organizados. Desde hace algunos años, vemos aumentar en Europa occidental el número de gobiernos de centro izquierda. Actualmente, sólo Alemania y

España permanecen alejadas de este modelo dominante. La misma tendencia se manifiesta en los grandes países de América Latina...". Se agregan algunos ejemplos al respecto.

Estos testimonios muestran que el mensaje papal se dirige a un mundo que se mueve en esta dirección, donde A. Schlesinger (desde Estados Unidos) presagia la posibilidad de reacciones confrontativas. "El capitalismo salvaje, con salarios bajos, jornada larga y trabajadores explotados, provoca el resentimiento social, resucita la guerra de clases y da nueva vida al marxismo. Para avanzar por senderos constructivos, el capitalismo debe subordinar los planes y beneficios a corto plazo a necesidades sociales de largo plazo, como las inversiones en educación, investigación y desarrollo, protección del medio ambiente, ampliación de la sanidad, rehabilitación de infraestructuras y recuperación de las ciudades. No es probable que los capitalistas lo hagan por sí mismos. Las perspectivas a largo plazo exigen una dirección pública". Añadamos que éste es el entorno de nuestro "Plan de Nación". ♦

P. Fco. Javier Ibasate S.J.

